

RECENSIONES

Núñez, Manuel. **El ocaso de la nación dominicana**. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1990, 347 pp.

En la nota preliminar, Manuel Núñez explicita la naturaleza de su libro. No es un texto historiográfico, aunque muchas de sus tesis están fundamentadas en el análisis de las interpretaciones históricas. No es un tratado de sociología, a pesar del uso que hace de los datos y hallazgos de la sociología. Tampoco es un libro de economía, pese a que cita datos y consideraciones económicas. Ni mucho menos pretende perfilar la antropología dominicana.

Lo que el autor se propone es filosofar sobre lo filosofado o "pensar sobre el pensamiento". Vale decir que es un esfuerzo de razonamiento para responder a las interpretaciones: ¿qué somos?, ¿cuál es nuestro grado de conciencia? y ¿en qué sistema de ideas vivimos? Con la finalidad de saber "cuáles son las posibilidades e imposibilidades con las que tenemos que obrar hoy..." (p. 7).

Advierte que los haitianos transforman nuestra cultura con sus estilos de vida, sus hábitos de trabajo, sus costumbres, su cosmovisión cultural,... Y en el encuentro con nuestra cultura, ellos salen ilesos. Es una "implantación cultural" (p. 37).

El nervio fundamental de este libro de género ensayo es el planteamiento sobre la "desnacionalización o la despersonalización de la sociedad dominicana". Las demás preocupaciones se hilvanan y confluyen en él. El autor hurga en el quehacer intelectual dominicano para analizar las causas de este fenómeno. Para él, están en primer lugar, en la galopante inmigración haitiana, que representa el 10% de los habitantes del país. Sostiene que mientras la población dominicana se ha duplicado en los últimos 30 años, la inmigración haitiana se ha sextuplicado, lo que significa para el autor, una "colonización permanente" (p. 37).

En segundo lugar está el anexionismo a los Estados Unidos propuesto por Moya Pons. Su argumentación, expresa Manuel Núñez, es que somos "una aldea infeccionada de los caudillismo y de los mercantilismos heredados del régimen colonial hispánico". Somos una cultura sajona que se siente atraída por los Estados Unidos. Esto implicaría la norteamericanización de la República Dominicana, lo cual -según interpreta Núñez- nuestro país se beneficiaría como ocurrió con Puerto Rico. (pp. 174-6).

Núñez considera esta tesis como una ingenuidad. Tiene como trasfondo el industrialismo norteamericano, fraguado en las factorías de Nueva York, obviando que se destruye lo peculiar de nuestra cultura y lo que nos diferencia de otras culturas (p. 178).

Y en tercer lugar -según explora Núñez- está la decadencia en la enseñanza de la lengua. Para él, la lengua permite identificarnos como cultura. Ella contiene la cultura y la historia. Es un sistema de simbolización. En la enseñanza de la lengua, observa, que todo el esfuerzo se ha concentrado en el aspecto cognoscitivo. La lengua es enseñada como un conjunto de categorías abstractas y no como una actividad del hombre; y los profesores suelen carecer de una formación orientada hacia esas destrezas (p. 298).

Estos factores -concluye Núñez- "apuntan hacia el OCASO DE LA NACION DOMINICANA".

Le sorprende a este autor que haya habido una tradición intelectual dominicana que ha defendido la haitianización, excluyendo el elemento hispano como parte de nuestra identidad. Se refiere a la llamada izquierda dominicana, representada por Roberto Cassá, Rubén Silié, Carlos Dore, Franklin Franco, Emilio Cordero Michel, etc. A ellos les hace una feroz crítica, especialmente a Roberto Cassá. Los califica de haitianófilos porque defienden las tesis antirracistas del historiador haitiano Price Mars, el cual sostiene que el pueblo dominicano se compone de negros y mulatos; y con un acento irónico los tilda de "blancos jíbaros". Para Núñez, Roberto Cassá hace acopio de esta tesis y otras referentes a la Ocupación Haitiana y la Independencia Nacional (pp. 68-69).

De la Ocupación Haitiana -externa Núñez- Roberto Cassá y Franklin Franco la consideran como un progreso para la República Dominicana, puesto que Boyer echó las bases para una reforma agraria y abolió la esclavitud. Sin embargo no revelan los daños que causó a nuestra

nación, como fue la prohibición del uso del castellano, cierre de la universidad, emigración de las élites intelectuales y establecimiento del servicio militar obligatorio (p. 70).

De la Independencia Nacional defienden que fue resultado de los grupos de poder y de los sectores atrasados como los hateros, desconociendo la participación del pueblo. No obstante -dice Núñez- ocultan la autenticidad de dicho hecho: "el deseo de establecer una linde fronteriza, el espacio de dominicanidad" (ibid).

En suma, para M. Núñez, Roberto Cassá excluye la lengua y la cultura como componentes de nuestra identidad, haciendo acopio sin criticar, de las tesis de Lenin de la formación de un estado socialista internacional, traducido para él en la utopía hostosiana de la confederación antillana. Y tildan de hispanófilo a los que se atreven a reconocer el componente hispánico presente en nuestra identidad.

Subyacen en el pensamiento de Núñez las tesis de Peña Batlle, quien mantuvo una lucha ideológica contra Price Mars, sobre todo en lo referente a la cultura como pilar de nuestra identidad, diferente a la cultura haitiana. Es una posición que se yergue sobre la hispanofilia, a pesar de que el autor (M. Núñez) manifiesta que nuestra identidad es una simbiosis de la herencia negra e hispana. Sin embargo, es notorio el poco énfasis en destacar los daños causados a nuestro país durante todo el proceso colonial y el abandono de España, dejando sucumbir la isla en la miseria.

Por otro lado, explora la subjetividad como ente transformador de la historia, contraponiéndolo a las tesis marxistas de la objetividad y de las leyes históricas que gobiernan los procesos históricos. Obvia que la realidad es más que objetividad/subjetividad. Eso sería simplificarla.

No obstante, son interesantes sus acepciones de la nación. Para él, no se reducen a ideas estereotipadas, creadas por los intelectuales, ni a una conceptualización jurídica. Más bien, la "nación es unidad espiritual, lingüística, de creencias y metas, historia común, vínculos de consanguinidad" (p. 26). Es algo que se hace cada día; no es estático; es algo vivido por cada individuo (Peña Batlle) (p. 229).

El Ocaso de la nación dominicana es una invitación a filosofar, a examinar y criticar todo el quehacer del pensamiento de los intelectuales dominicanos. La genialidad del autor se pone de relieve en ser capaz de ver más allá de lo que se ha venido trabajando en torno a nuestra identidad; y la ubicación de nuestro pensamiento dentro de la filosofía universal.

Es un libro polémico, controversial. Así lo advierte su autor (p. 13). Para poder justipreciarlo hay que contextualizarlo como todo texto que se quiera analizar.

Manue Núñez se inscribe en la trayectoria del pensamiento conservador dominicano con estilo muy original de enjuiciamiento. El es pionero en ese género. Trilla el camino para la disputa (cfr. el apéndice de dicho libro) el debate sobre las tesis que se han fraguado y la sustentada por él y el debate.

Su obra contagiadora manifiesta el temor de que se va a destruir nuestra identidad como ocurrió en Samaná, en donde hay una mezcla de culturas y el elemento dominicano es uno más; y donde el castellano no es una lengua sentida, sino aprendida (pp. 53-55). Y además, "mientras más nos alejamos de lo que hemos sido, va naciendo sobre la ruina de lo que fuimos, otra nación" (p. 90).

Manuel Núñez no se percata de que no todos los elementos de la sociedad están en crisis. Algunos desaparecen y otros nacen y renacen. Las crisis ("ausencia de respuesta... de soluciones, decisiones y perspectivas", para nuestro autor, p. 36) no son sempiternas; siempre se pueden evitar y resolver (A. Toymbee). Quizás no hay voluntad en nuestro país para resolver las crisis.

De todos modos, **El ocaso de la nación dominicana** es un libro bien trabajado, pensado, que debe ser leído por todo intelectual dominicano y los que están interesados o sienten el deseo de escudriñar en nuestra identidad nacional. Y además, es un libro que revoluciona todo el quehacer intelectual dominicano.

Fabio A. Abreu